

CONCLUSION.

INFORME DEL SR. VERNON KELLOGG, SEPTIEMBRE DE 1917.

(Escrito especialmente para este Folleto).

Como privilegio para mí y casi por una necesidad, en conexión con el trabajo para el alivio de Bélgica, permanecí algunos meses cerca del Gran Cuartel General de los ejércitos alemanes en el occidente y más tarde estuve otros meses en Bruselas como director de la Comisión para la parte invadida de Francia y Bélgica. Era una oportunidad que me forzaba a ver algo de las prácticas alemanas en su tratamiento hacia los pueblos conquistados, parte de la cual (Francia y los habitantes de las provincias belgas del este y del oeste de Flandes) estaba bajo el control directo del Estado Mayor alemán y los ejércitos alemanes de occidente, y parte los habitantes de siete provincias belgas bajo el cuasi civil gobierno del General Gobernador von Bissing. No penetré a los territorios ocupados sino hasta junio de 1915 y por consecuencia no ví la invasión actual.

Ví únicamente las tumbas de los asesinados y las ruinas de sus ciudades. Pero ví durante mi permanencia, demasiado para la paz de mi conciencia, de cómo los alemanes trataron a los infortunados que estuvieron bajo su control después de la ocupación.

Sería innecesario la repetición para describir otra vez las escenas de Lovaina, de Dinant, de Visé, de Andene, de Tamines, Aerschot y el resto de la larga lista de ciudades belgas reducidas a ruinas. Pero muy poco se ha dicho de muchas aldeas arruinadas en toda la extensión del territorio francés ocupado desde Lille hacia el norte hasta Longwy en el sur y desde la frontera oriental de Francia hasta las fatales trincheras del extremo frente occidental.

Como jefe representante de la Comisión, era de mi deber abarcar este gran territorio por medio de giras en automóvil en compañía de un oficial alemán que se me había asignado para mi protección—y para la protección del ejército alemán contra lo que pudiera yo ver. Como tuve oportuni-

dad también de abarcar más de Bélgica, en repetidos viajes de Bruselas a las varias provincias, necesariamente tuve ocasión de comparar las destrucciones verificadas en las dos regiones.

Pude comprender por qué ciertas ciudades y aldeas a lo largo del Mosa y a lo largo de las líneas de retiro francesas e inglesas, se encontraban reducidas a escombros. Hubo combates en todos estos lugares y la artillería de un lado primero y de otro lado después, había hecho y cumplido su desastroso efecto entre las casas de los habitantes.

Pero hubo muchas ciudades en las cuales no había habido lucha y muchas de éstas, no obstante, estaban enteramente en ruinas. No eran ruinas producidas por las granadas sino ruinas producidas por el fuego, el incendio y las explosiones. Estos fueron los famosos lugares "castigados." Tal vez un ciudadano o quizás dos o tres habían tirado desde una ventana sobre los invasores, y se alegaba que así había sucedido. En seguida una o más manzanas o media ciudad era metódica y efectivamente quemada y reducida a escombros. Existen muchos de estos lugares en la Francia ocupada, "castigados" así. Y entre estos lugares a lo largo de las vías hay innumerables haciendas aisladas y solitarias que están también en ruinas. No se ha dicho que de estos puntos tiraron sobre la tropa. Estaban destruidos, y esto es todo. Cuando la lista de lo hecho en Francia, de las ciudades destruidas, y de las granjas arruinadas en la parte ocupada, sea conocida, el mundo se sentirá otra vez horrorizado por esta prueba dada por los alemanes allí.

El rigor del control usado sobre los habitantes del territorio francés ocupado, es casi inconcebible. Las líneas que separan las regiones ocupadas por los distintos ejércitos alemanes son líneas de acero inabordables para los habitantes. Si un miembro de una familia en una ciudad estaba de visita con amigos o parientes de otra ciudad, a pocos kilómetros de distancia, cuando estalló la guerra, aquella familia tenía que permanecer separada de la otra por largos meses. Ni mensajes podían pasar, excepto aquellos que se mandaban por caminos subterráneos peligrosos establecidos de ciudad a ciudad.

La requisición de todo para obtener alimentos, muebles, animales, hasta frazadas y colchones para las camas, ha sido llevado a cabo de tal manera, que el pueblo vive con nada y no tiene nada. Estas requisiciones en los primeros días parecían más o menos de un carácter oficial, pues

Ciudades intocadas por la guerra pero arruinadas.

El sistema alemán es impiadoso.

Recibos falsos para requisar la propiedad.

to que se emitían bonos por las cosas tomadas. Aun entonces el sentimiento alemán, por lo ridículo, hacía a menudo del mismo "bono" una chanza pesada. Los "bonos" eran escritos en idioma alemán con letra alemana, ilegible y hasta incomprensible para los nativos. Un "bono" podía ser dado por un pollo cuando se había tomado efectivamente un par de caballos. Pero más tarde, cuando estas chanzas cansaron a los soldados alemanes, la requisición fué simplificada por la omisión completa de cualquiera constancia. Allí donde los aldeanos habían procurado salvar algo que podía enterrarse o esconderse, el registro de estos escondrijos se convirtió por parte de los soldados alemanes en un juego. Un ingenioso francés tenía escondidas unas pocas botellas de vino en una famosa tumba en las alturas del Mosa. Pero estas botellas luego hallaron su camino y aparecieron en las mesas del Cuartel General.

En la primavera de 1916, las autoridades del ejército delinearon el plan de deportar un número de hombres y mujeres de Lille y de las aldeas industriales cercanas a las secciones agrícolas hacia el sur. Estos franceses fueron a trabajar en los campos y ayudar a producir alimentos para el ejército alemán. Como asunto de hecho este plan tenía en el fondo algo digno de recomendación. La gestión de la región industrial del norte hizo que el problema alimenticio se tornara difícil. Nuestra comisión tenía más dificultades con el aprovisionamiento de la gran ciudad de Lille y las populosas poblaciones de Valenciennes y Roubaix y Tourcoing que con el resto del territorio ocupado. También estos pueblos no tenían nada que hacer porque las fábricas estaban paralizadas. Venir al sur y trabajar al aire libre en los campos y que se les permitiese una ración liberal, habría sido ello una ventaja real para esos pueblos. Se habría resuelto así, también, todo el problema alimenticio.

El horrible método de las deportaciones era tal, que nosotros, aunque procurando guardar la más absoluta neutralidad, no pudimos menos que protestar. El señor Gerard, nuestro Embajador en Berlín, hizo por casualidad una visita al gran Cuartel General de Occidente precisamente cuando tenía lugar esta protesta y el asunto fué llevado hasta llamar la atención de ciertos altos oficiales del Cuartel General el mismo día que el señor Gerard le visitaba. De manera que agregé su propia protesta a la del señor Poland, nuestro director, y por ello quizás las deportaciones no tuvieron lugar. Pero una terrible infamia se había cometido ya. Maridos y padres de familia habían sido sacados de sus hogares con sus familias sin que pudiesen ni decir adiós; hijos e hijas de tal

vez ancianos padres necesitados de sostén, fueron tomados sin piedad, sin pensar en las consecuencias. Las grandes deportaciones de Bélgica han horrorizado al mundo entero. Pero estas deportaciones menores, es decir, menores en extensión, pero no menores en el tratamiento brutal, son casi desconocidas.

Entré a Bélgica y al territorio de la Francia ocupada como neutral, y mientras estuve, no dejé de serlo. Pero salí no siendo ya neutral. Yo no puedo concebir que un americano que tenga una experiencia similar a la mía pudiese regresar permaneciendo neutral. El saldría como yo salí, con la convicción de que un pueblo o un gobierno que hace lo que los alemanes hicieron y están haciendo en la Bélgica y en Francia hoy, no debe ser permitido, continuar en ello por un momento más. Y no debe ser tolerada su repetición.

Yo fui también un odiador de la guerra y regresé odiándola aún más. Pero también regresé con la convicción firme, otra vez, que el único camino para evitar que Alemania continúe bajo su actual sistema que pone en práctica, no puede ser otro que obligarla por la fuerza de las armas. No puede ser esto evitado ni por apelación, ni por concesiones, ni por tratados. De aquí que, ardientemente, como yo confío que toda guerra puede terminar, esta guerra no debe terminar, tal es mi esperanza, hasta que Alemania entienda que el mundo civilizado no le permitirá sencillamente semejantes horrores como los que ha cometido en Bélgica y Francia y por los cuales, es y será responsable por los siglos de los siglos.

Vernon Kellogg.

Horrores de las deportaciones.

